

sus eminentes servicios á la patria, gozaba de merecido prestigio, pudo conseguir el ministro de la guerra llamase á Cano á México, donde el Presidente de la República, impuesto de todas las circunstancias del hecho de armas, aprobó y reconoció sus buenos servicios, pero no le permitió volver á Querétaro por consideraciones al General Juvera, consideración que éste no supo agradecer, porque un año después, se unió al levantamiento militar organizado por los Generales Paredes, Santa-Ana y Valencia, para derrocar á D. Anastasio Bustamante.

VI.

Cayó Bustamante y entró Santa-Ana á sustituirlo, nombrado por una junta de militares reunida en Tacubaya, sin legalidad de ninguna especie. El triunfo lo constituyó en gobierno de hecho de la República, y como era lógico, empezó á distribuir los empleos entre sus amigos. Cano nunca le había sido simpático, atendido su carácter franco y sincero, incapaz de ambages ni adulaciones; y así, no lo empleó en el ejército, sino que le envió á dirigir la construcción del proyectado camino de Cuernavaca á Acapulco. Trabajó allí algún tiempo, aunque sin conseguir gran cosa, porque á pesar de sus perseverantes gestiones, no le suministraban los fondos necesarios para la obra. Por haberse quejado sin rodeos y con claridad de los hombres influyentes que se hacían sordos á sus peticiones de recursos, el gobierno lo separó de la dirección del camino.*

Regresó á México; pero para guardar poco tiempo el sociego, pues á los pocos meses Santa-Ana, con pretext-

to de una conspiración que dijo haber descubierto para restaurar el sistema federal, mandó arrestar el 30 de Abril de 1843 á Don Manuel Gómez Pedraza, á Don Mariano Riva Palacio, á Don José Ma Lafragua, á Don Mariano Otero, á los Generales Terrés, Torrejón y otros militares, entre los cuales se contaba D. Juan Cano, quien fué expulsado del territorio nacional y obligado á ir á pasar sus tristes horas de ostracismo á la ciudad de la Habana. Allí estaba cuando le visitó el Coronel cubano Don Francisco Sentmanat, y le confió el secreto de su proyecto de invadir Tabasco con doscientos filibusteros enganchados en Nueva Orleans; y aun llegó á tal punto su atrevimiento de insinuarle embozadamente que le acompañase en su malhadada empresa. Cano rechazó con indignación sus insinuaciones por antipatrióticas é infames, hizo cuanto pudo para disuadirle, y le pronosticó el irremediable fracaso en el cual, ciego é imprevisor, vino por justicia á estrellarse.

El gobierno de Santa-Ana permitió más tarde á Cano volver á la República, y le encargó algunas obras de fortificación en Veracruz; pero sujetas á la vigilancia de las autoridades locales, taxativa que impidió su ejecución, por las mil dificultades que opusieron con varios pretextos, al cumplimiento de la comisión. No obstante, Cano hizo un estudio completo y un proyecto de fortificaciones, que reservó para someterlos á un gobierno que tuviese tiempo y voluntad de llevarlos á cabo.

Entretanto la nación entera se mostraba indignada contra Santa-Ana, que rodeado de favoritos, agiotistas é ineptos, llevaba á la República al abismo. Oneroso

gravamen de impuestos; dilapidación y derroche de los caudales públicos; prodigalidad en la concesión de grados militares á gente sin mérito ni servicios, y bancarrota en la hacienda, eran los grandes vicios que exacerbaban contra el gobierno el descontento general. En un gran número de espíritus surgía como remedio único, la revolución armada, y esta idea, que tanto daño y perdición ha traído al país, encontró eco en Guadalajara, en el General Don Mariano Paredes, quien tomando pretexto de las demasiado descaradas faltas de gobierno, dió el grito de rebelión en Noviembre de 1844. Sólo contaba con poco más de dos mil hombres; pero supo aprovechar el disgusto de la nación, y además, el mismo Santa-Ana y sus adeptos, con su ceguedad y pasos desatentados, cambiaron los papeles, convirtiéndose ellos en revolucionarios, y á los rebeldes en defensores de la legalidad. Y fué que mientras Santa-Ana marchaba con ocho ó diez mil soldados sobre Paredes, en la elación de la victoria que creía segura, desde su cuartel general de Querétaro mandó disolver el Congreso Nacional, mientras que él mismo aherrojaba á la diputación provincial de Querétaro, y sin ambages mostraba su propósito de hacerse Dictador. Fué entonces también cuando Santa-Ana, comprendiendo que en Juan Cano encontraría siempre un enemigo decidido de sus planes de dictadura, quiso alejarlo de México, y para este efecto ordenó al Ministerio de guerra, que lo enviase á levantar el plano de la isla del Carmen, Laguna de Términos, y que, si no obedecía en el acto, lo mandase fusilar. Por fortuna no tuvo tiempo de ser obede-

cido. Ante las medidas tomadas alocadamente contra la representación nacional, la opinión pública se pronunció más vehemente contra el Dictador que trataba á la Nación como país conquistado, y el seis de Diciembre de 1844, el General Céspedes al frente de su batallón, levantó en México la bandera de la legalidad, llamando á la presidencia á D. José Joaquín de Herrera, á quien correspondía según la constitución entonces vigente. El Presidente Canalizo, puesto por Santa-Ana á prevención, quiso atacar á Céspedes; pero en aquellos momentos el Congreso disuelto se reunía en San Francisco acompañado de gran concurso de pueblo, y toda la guarnición de México se puso á sus órdenes. Dos horas después, el Congreso se dirigía procesionalmente al palacio federal, custodiado por el pueblo y por dos mil soldados, cuyas músicas exaltaban el entusiasmo público. Canalizo y sus ministros aislados é inermes, fueron presos y sometidos á juicio, y el Congreso reconoció como Presidente á Don José Joaquín de Herrera.

Mientras esto pasaba en México, la guarnición de Veracruz desconocía también la investidura de Santa-Ana, y Cano, que aun no se había embarcado para la Isla del Carmen, salió inmediatamente para México á ponerse á las órdenes del gobierno constitucional, por el cual simpatizaba abiertamente. En el acto, el gobierno del Sr. Herrera se apresuró á aprovechar sus servicios, pues en la seguridad de que Santa-Ana, retrocedería sobre México con ánimo de destruir el nuevo gobierno, éste se aprestó á la defensa y nombró á Cano director de las fortificaciones de la Capital. No fué vana la

premura en apercibirse á la defensa, pues no tardó Santa-Ana en amenazar con sus iras la Capital; mas al llegar á las inmediaciones la encontró preparada con buenas fortificaciones, dos mil soldados de línea y ocho mil voluntarios, máxime amenazándole á retaguardia el General Paredes, cuyas fuerzas se cuadruplicaron con las guarniciones de Guanajuato y de Morelia, mandadas por los Generales Romero y Galindo. Juzgó entonces Santa-Ana más discreto variar de plan y dirigirse con sus fuerzas á Puebla, contra la cual rompió las hostilidades el 4 de Enero de 1845. La suerte le había vuelto las espaldas; Puebla le hizo resistencia, sostuvo algunos combates, y al saber que los Generales Paredes y Bravo venían sobre él con ocho mil hombres, levantó el sitio de Puebla y se propuso entrar en pactos con el gobierno y sacar ventajas y provechos personales. Nada de esto pudo conseguir; y al ver frustradas sus esperanzas, una noche se despidió de sus subalternos y se fugó rumbo á la costa de Veracruz, con intención de embarcarse para el extranjero; pero en el camino cayó en manos de unos voluntarios del pueblo de Jico, quienes lo entregaron al Alcalde y éste á los ministros del gobierno. Dispuso éste someterlo á juicio y entretanto mantenerlo preso en el Castillo de Perote, bajo la custodia del Teniente Coronel Juan Cano, nombrado para este efecto Gobernador de la fortaleza.

Grande debió ser el sobresalto de Santa-Ana, al tener noticia de que Cano sería su carcelero. Hacía tiempo que existía entre ellos mutua oposición y contrariedad de sentimientos é ideas y, si en el rigor de la

palabra no podían llamarse enemigos, por lo menos debían ser adversarios, ya que de ninguna manera émulos, porque en talento y en carácter, Cano dejaba muy en zaga á Santa-Ana. Esta circunstancia de ser adversarios hizo temer á Santa-Ana que Cano le asesinase con cualquier pretexto; pero pronto cambió de opinión, viendo el excelente trato que le dió sin faltar ni una pizca á las seguridades que debía tener con el prisionero confiado á su guarda. Le procuró comodidades para resistir la alta temperatura de la fortaleza, le dispensó atentas consideraciones personales, le autorizó á escribir y á recibir su correspondencia privada; pero al mismo tiempo le hizo comprender con ruda franqueza que no le permitiría abusar. «General, le dijo un día, «mis respetos no quieren decir que tenga Ud. carta blanca para conspirar, pues en el acto que haya un levantamiento promovido por Ud., bajo mi responsabilidad le haré fusilar en el foso del castillo.» Comprendió Santa-Ana que se las había con un joven jefe de gran moderación, pero lleno de energía y vigor, y se mantuvo quieto. Aunque durante su prisión, movido del deseo de atraer hacia sí ojos compasivos, se quejó al gobierno de recibir trato indigno de sus guardianes, posteriormente ya libre y triunfante, hablando con su amigo el General Basadre, le aseguraba que daba más garantías al prisionero un hombre como Cano, que cualquier otro jefe desprovisto de las cualidades militares que en Cano resplandecían. Con razón, pues, el gobierno contestó á sus infundadas quejas, que estaba persuadido de haber sido cumplidas exactamente las

órdenes que había dado, para que se le tratase con las más altas atenciones.

Santa-Ana fué desterrado el 26 de Mayo de 1845, y Juan Cano llamado á México, donde residía, cuando el 7 de Junio del mismo año, estalló la asonada de Rangel, que consiguiendo seducir una parte del batallón de «Supremos Poderes,» hizo dar el grito de rebelión en el mismo Palacio Nacional, pretendiendo que se restaurase á Santa-Ana en el Poder. Cano sin vacilar se puso del lado del gobierno legítimo, y acompañó al Coronel Uraga al frente del batallón 4º de infantería que acudió con presteza en auxilio del Presidente y de su Ministro D. Luis de la Rosa, que por un momento habían caído en poder de los sublevados. Y en tanto que el Presidente D. Joaquín Herrera, con un razgo de serenidad y valor, volvía á sus órdenes á una parte de los amotinados, el batallón de Uraga forzaba la puerta del Cuartel que comunicaba con Palacio, y Juan Cano, tomando una compañía de este batallón, se arrojaba sobre el cañón de los insurrectos, lo tomaba á viva fuerza, y después de sangriento combate cuerpo á cuerpo, somete á los rebeldes que aún sobreviven.

Todos alabaron la intrepidez y arrojo de Juan Cano, y el gobierno le nombró Gobernador de la fortaleza de San Juan de Ulúa, posición interesante que era imprescindible poner en estado de defensa, en perspectiva de la guerra inminente con los Estados Unidos. Cano cumplió su comisión á satisfacción de su conciencia y del gobierno, pues fortificó el castillo en tales términos,

que más adelante la escuadra americana no quiso repetir la triste hazaña de Baudin.

VII.

Desgraciadamente el motín de Rangel no fué el último de la serie de los que debían conducir á México al abatimiento y á la ruina. Un enemigo sagaz é implacable, y firme en la consecución de sus fines, espía el momento oportuno de arrancar á nuestra República una parte de su territorio, y contemplaba, estudiaba cada desacierto de nuestros hombres públicos, para sacar de él todo el provecho y ventaja conducentes á realizar sus ensueños de extenderse entre los dos océanos y desde allí señorear el continente americano. Para colmo de su suerte y de nuestro infortunio, esos desaciertos menudearon entre algunas figuras prominentes de los opuestos bandos políticos que sucesivamente dominaron el país; pues mientras el General Paredes no temió sublevarse contra el gobierno establecido con las mismas fuerzas que debía conducir á la frontera á imponer al invasor que se acercaba, más tarde Valentín Gómez Farías, Lafragua, Olaguíbel y Almonte, aliados con Santa-Ana, derrocaban al gobierno en momentos en que salían de México las fuerzas destinadas á contener á los invasores infatuados con sus primeras victorias en Palo Alto y la Resaca. Y en tanto que el patriotismo imponía unirse leal y estrechamente al rededor del gobierno establecido y ayudarle á combatir al enemigo extranjero, dejando para después discusiones y teorías, militares como Salas y Valencia,